



## Vivir la educación

Rafael Alvira

Documento del grupo de investigación PROSOPON<sup>1</sup>

Barcelona, Abril 2010

---

Entendemos por persona un ser *individual* que es a la vez *relacional*, y en el cual este carácter *relacional* no es accidental, sino constitutivo. No es una *especie* (como las *formas puras* o los ángeles) ni *forma parte* de una *especie* (como, en cambio, los *animales* y las *plantas*).

Si, según la traducción teológica que hace Sto. Tomás de la idea aristotélica de *inteligencia pura*, un ángel cumple su función vital *directamente* hacia Dios, un animal cumple su función vital *indirectamente* hacia Él, mientras existe como individuo dentro de su especie.

Sólo el ser humano cumple su función a la vez de modo directo e indirecto. Es decir, cumple su función con respecto a su fin final (Dios) en la medida en que se da cuenta de que para hacerlo ha de *hacerse cargo* de la *humanidad* (que no es una *especie* en el sentido usual de ese término).

Es decir, la *inclinación*, y por tanto la *llamada constitutiva*, del ser humano es a *hacerse cargo* de la humanidad. Y esto ha de interpretarse tanto en sentido *intensivo* como *extensivo*. Intensivo significa la referencia a la *plenitud* del ser humano, del vivir como humano. Y extensivo se refiere a que a cada ser humano le ha de interesar la humanidad entera, el conjunto de los seres humanos.

Es cierto que, como subraya Spaemann, no podemos cargar sobre nuestros hombros las dificultades concretas de los millones de personas que forman parte de la humanidad. Cada uno tiene sus *responsabilidades* particulares: aquello de lo que debe responder porque le interpela directamente. No se nos puede culpar jurídica y políticamente de aquello que no nos compete. Pero espiritualmente sí que somos responsables de la humanidad en la medida en que, como dice bellamente Séneca, hemos recibido el mandato de "guardar nuestra posición". Séneca traduce aquí en lenguaje militar, querido para el estoicismo, la idea de que al intentar cumplir lo mejor posible nuestra humanidad (intensiva) y realizar lo mejor posible nuestra tarea con respecto a la humanidad (extensiva), mantenemos a la humanidad en total: si falla un tornillo en un mecanismo, al final el mecanismo se paraliza y destruye. Cada uno de nosotros es un "tornillo" de la humanidad.

Lo dicho hasta ahora sirve para mostrar que la *educación* es una *necesidad* y una *obligación* para cada ser humano, tanto en el sentido de recibirla como en el de darla. Sin educación no se es humano. Esto nos distingue de los animales, incluso de los llamados "superiores". Ellos no necesitan más que de aprendizajes "externos" que refuerzan sus instintos, para vivir. Pero siempre son *iguales* a sí mismos. En cambio el ser humano ha de *llegar a ser él mismo*. Nacemos siendo seres humanos, pero tenemos que *humanizarnos* para llegar a ser propiamente humanos. Y esto se hace a través de la *educación*. Sin ella

---

<sup>1</sup> Ponencia en el Congreso Internacional "¿Una Sociedad Despersonalizada? Propuestas Educativas", de la Universitat Abat Oliba CEU (Barcelona, 13-15 de abril de 2010).



"no somos lo mismo que somos": estamos -he ahí la conocida paradoja- *por debajo* de nuestro propio ser.

O, dicho en términos clásicos, que el ser humano es el único ser de este mundo que *ha de saber quién es para ser él mismo*. En efecto, el proceso de humanización, que es el de educación, conduce a la meta del autoconocimiento, del conocimiento propio, en el cual *somos nosotros mismos*. Para un ser humano, no conocerse a sí mismo es idéntico con no ser él mismo, sino vivir, existir, por debajo de sí.

El conocimiento propio es, pues, la tarea más necesaria y más difícil a la vez. Lograrlo supone "dar un salto" por encima del nivel de este mundo. Por eso ya los antiguos pensaban que el *propio conocimiento* era no sólo lo humano por excelencia, sino también *lo divino*. Esta tesis, como es sabido, es la que muestra con la mayor profundidad el cristianismo. Jesucristo es -dicho con la fórmula habitual- perfectamente hombre y perfectamente Dios. Es el único ser humano que se autoconoce perfectamente. Pero si hay uno, entonces es posible.

De otro lado, sólo el que se conoce a sí mismo puede *orientar* su propia vida, es decir, puede ser libre con respecto a su *condición*. Sólo quien se conoce puede orientar sus condicionantes y no estar *sometido* a ellos. Es decir, puede ser de verdad libre. La mayor parte de las personas, lamentablemente, están *sometidas* a su propio carácter, o a sus circunstancias externas.

La conclusión de lo dicho hasta ahora es clara, a saber, que la educación es la clave de nuestra vida: educarnos y educar. Por eso, carece de sentido empezarla tarde o acabarla en algún momento. Es un proceso que dura exactamente el mismo tiempo que nuestra vida, lo queramos o no. Hemos podido terminar nuestros estudios en un centro educativo, pero eso en absoluto es idéntico con terminar de educarnos. A su vez, cada una de nuestras palabras y de nuestras acciones es educativa -o deseducativa- para aquéllos que nos rodean. Lo queramos o no.

Si la educación es, por tanto, clave de la vida humana, no puede ser ella otra cosa que *vida humana*, y del modo más profundo. En la educación se pone en juego la *integridad* de la persona. Educarse y educar no es aprender de memoria sin entender, o *dictar* lecciones. Sólo la vida transmite vida. Sólo enseñará álgebra el que la viva interiormente. Sólo enseñará a hacer justicia el que la practique.

Y sólo aprenderá el que *está dispuesto* a vivir lo que quiere aprender. La educación no se hace con planes ni con controles evaluativos. Hay simplemente que vivirla de verdad y querer vivir la verdad.